

**especial para *El Norte***, edición del 12 de julio de 1992

Chihuahua y Michoacán: hacia

dónde sopla el viento electoral

miguel ángel granados chapa

Las condiciones en que se hoy se desarrollan las elecciones en esas dos entidades reflejan, según se perciba la situación en Chihuahua o en Michoacán, una mejoría en la legislación y la administración electoral, o una clara persistencia del marco tradicional en esa materia, caracterizado por la inequidad en el juego partidario y el favoritismo gubernamental en pro del PRI.

En Michoacán se traspasaron los límites de esa desigualdad. En una acción insólita, el presidente Salinas difundió por radio y televisión un mensaje a los michoacanos, en la semana previa a las elecciones. Dos fueron las líneas de su discurso, coincidentes coma a coma con la propaganda priísta, por lo que se convirtió en una acción más de campaña: donde hay paz hay progreso; y la inversión social ha beneficiado directamente a ese estado, pues pasó de uno a cinco billones de pesos. La primera fórmula es irreprochable, salvo porque se inserta en un entorno donde significa que la paz (y por ende el progreso) sólo es posible donde *no* gobierna la oposición, es decir el PRD.

En Michoacán esa manipulación fue abrumadora. Su eje fue la acción de Pronasol, que incrementó su gasto en la entidad en tasas mayores que las de su aumento nacional: en 1990 dedicó a ese estado 132 mil millones; en 1991 fueron 252 mil

millones, y se programó para 1992 un monto de 415 mil millones. Si las inversiones se realizaran mecánicamente conforme al calendario, al momento de realizarse las elecciones ya se había aplicado una cantidad similar a la de todo el año anterior. No es que Pronasol gaste sólo en los lugares donde gobierna el PRI, para significar la diferencia. Al contrario, lo hace también en municipios de influencia perredista, donde debilita la a menudo frágil voluntad contestataria de los ayuntamientos cardenistas, y practica el clientelismo ante una población que por pura nobleza contesta con gratitud expresada en las urnas. Sin duda, uno de los factores de la deslumbrante recuperación electoral del PRI en Michoacán radica en los dineros de Solidaridad: en 1988 hubo 152 mil votos priístas, frente a 347 mil para el cardenismo. En las dos elecciones (la legislativa y la municipal) del año siguiente, cuando no rendían por entero sus frutos esas inversiones, pero en una progresión evidente, los sufragios priístas crecieron a 186 mil y 227 mil, respectivamente (mientras que el debutante PRD, ya no el Frente Democrático Nacional, obtuvo 165 mil y 224 mil). Pero el salto, en dos años, observado en las elecciones federales de 1991 fue mucho más grande y espectacular que el brinco que salvó la vida a *Tonatiuh* Alvarado en la Noche Triste de los españoles: con un crecimiento de más del ciento por ciento, el PRI llegó a 505 mil votos, y con eso recuperó una de las dos senadurías perdidas tres años atrás, y ganó las trece diputaciones, doce de las cuales habían quedado en manos del FDN en 1988.

Aunque hubo cinco candidatos a la gubernatura en Michoacán, en realidad se enfrentaron sólo dos fuerzas, la del PRI y la del PRD. Acción Nacional contó en ese estado con presencia tal que fue michoacana la primera alcaldía ganada por ese partido, en 1946, y a menudo hubo diputados oriundos de esa entidad en las ralas representaciones panistas en el Congreso hasta antes de que se iniciara la representación proporcional. Pero la polarización que arranca de 1988 dejó al PAN en condición marginal, por lo que la candidatura de Fernando Estrada Sámano fue más bien simbólica. Durante casi todo el proceso, la equidistancia que el panismo pretende respecto del PRI y el PAN, a los que identifica en sus defectos, lo condujo a coonestar acciones electorales, pero no se sumó acriticamente a la manipulación: junto con el PRD rehusó firmar el pacto de civilidad que los partidos gubernamentales prohicieron como arma de propaganda, y su dirigente nacional declaró formalmente que no advertía en Michoacán condiciones para unos comicios limpios.

Los candidatos de cartoncillo creados por el PRI para sembrar confusión y eventualmente hasta para restar votos al PRD fueron dos ex diputados cardenistas, que se pasaron con armas y bagaje al otro lado: Luis Coca se presentó por el PARM, el partido comodín que postuló como candidato a alcalde, en 1989, a Arturo Martínez Nateras, el singular ex militante comunista que, luego de figurar en la lista de candidatos priístas al Congreso en 1989, reconoció su filiación *pronasolista* y actúa como dadivoso funcionario de

ese programa, precisamente en Michoacán. Octaviano Alanís, por su parte, renunció al mando estatal perredista y a su afiliación, y fue de inmediato bienvenido al Partido del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional, quien lo hizo su candidato luego de que Alanís se inconformó ante la candidatura de Cristóbal Arias, por el PRD.

Este ocupó tres cargos que le dieron amplia proyección estatal: líder del PRI y secretario de gobierno durante el mandato de Cuauhtémoc Cárdenas, fue después senador disidente. Enfrentado durante tres años con el otro senador perredista, Roberto Robles Garnica, y sin poder reconstruir durante su campaña la unidad de su partido (sólo 26 de los 52 ayuntamientos perredistas, por ejemplo, pidieron la salida de las tropas de sus territorios, a tono con lo demandado por Cárdenas mismo en la víspera de los comicios), Arias pudo haberse beneficiado del contraste que ofrecía respecto al candidato priísta (menos priísta que él mismo, según se decía entre broma y veras). Eduardo Villaseñor, en efecto, llegó a la política apenas hace un trienio, cuando ganó la alcaldía de La Piedad. Sin consenso en el priísmo (cuyo sector participante apostaba en favor de otros precandidatos, como el secretario de gobierno Ausencio Chávez o el senador Vitor Manuel Rubí) y ni siquiera en el empresariado (porque algunos compañeros suyos objetan el modo en que obtuvo su fortuna), y sin atributos personales apropiados para una candidatura en condiciones difíciles, Villaseñor fue apuntalado con una vigorosísima, y onerosa, campaña electoral. Aduñado el PRI

de las posibilidades de difusión, ha obrado el milagro de que, conforme lo midió una encuesta de *Este País*, los ciudadanos lo tuvieran como más conocido y más ducho en las artes de gobierno que a Arias.

En Chihuahua el panismo se levantó de una postración que lo había llevado en 1989 a su cota electoral más baja en la última década. En 1983 y 1985 Acción Nacional se confirmó como la segunda fuerza electoral en el estado donde naciera su fundador, don Manuel Gómez Morín, pero con clara vocación de gobierno. Al iniciarse el gobierno de De la Madrid, el PAN ganó los ayuntamientos de las principales ciudades (la capital, a cuyo frente estuvo don Luis H. Alvarez, y Ciudad Juárez, con Francisco Barrio). En 1985, al refrendar esa posición ganando cinco diputaciones federales, el panismo obtuvo 176 mil votos, que se convirtieron en 232 mil reconocidos en 1986. Ese año fue el de la fragorosa primera batalla de Barrio por la gubernatura. A pesar del arrastre que en el norte produjo la candidatura presidencial de Clouthier, la frustración por el fraude perpetrado contra el PAN hizo que su votación descendiera en 1988, a 197 mil votos, y que cayera en las elecciones municipales del año siguiente a 145 mil. El PRI recuperó entonces las alcaldías en manos panistas, y se reafirmó como partido dominante en 1991: se quedó con la senaduría y todas las diputaciones al alcanzar 414 mil votos contra 229 mil del PAN. Cuando hizo que Fernando Baeza fuera proclamado gobernador, el partido gubernamental se atribuyó 378 mil votos, mientras que también

había caído, en las escuálidas elecciones locales de 1989, a 281 mil votos.

Como en Michoacán, en Chihuahua los comicios de hoy resultaron de una contienda bipartidista. Si bien hubo cuatro candidatos, contaban principalmente los del PRI y el PAN. Jorge García Chávez, un abogado de vieja militancia en la izquierda, fue postulado por el PRD, más para hacer proselitismo que por una verdadera posibilidad de triunfo. Lo apoyó (como hizo en Michoacán con Arias) el Partido Popular Socialista. El mimético PARM, que adquiere la forma de lo que lo rodea, se alió con el voluble Comité de Defensa Popular (que en cada elección se coaliga con fuerzas diversas y aun antagónicas) y dio su exiguo apoyo al ex diputado Rubén Aguilar. El Partido del Frente Cardenista de Reconstrucción Nacional fue instruido para que se sumara a la candidatura priísta, que recayó en el alcalde de Ciudad Juárez, Jesús Macías.

Como Villaseñor en Michoacán, Macías es también novato en la política (lo que no era frecuente en postulaciones priístas). Su antecedente más remoto no ha sido una buena carta de presentación, pues actuó como tesorero en la campaña para diputado de Miguel Lerma, que está prófugo de la justicia por malos manejos en el Banrural, del que fue subdirector. Tan claramente percibió el partido gubernamental que Macías era una carta débil que enfatizó su organización electoral, para disponerse a ganar aun en contra de su propio aspirante.

Barrio, en fin, que desde antes de la jornada electoral se avizoraba como el tercer gobernador explícitamente panista, el segundo a partir de elecciones, corona su segundo magno esfuerzo en medio de una tragedia. La muerte de su hija Judith, fallecida en campaña a pesar de su corta edad, es un precio muy alto para pagar el cual, además, no se le pidió consentimiento. Acción Nacional fincó en la personalidad de Barrio (que como Arias en Michoacán atemperó las vehemencias que lo hicieron conocido, y adquirió la prudencia que el aire de los tiempos reclama) sus posibilidades de éxito. Pero las reforzó con una organización y un sistema de información que son imprescindibles para ganar y probar que se ha ganado.